



BEATO LUIS MONZA 1898-1954

LAS OBRAS Y LOS DIAS

*Perfil del beato Luis Monza
escrito por Padre Luigi Mezzadri*

*Traducción libre de Gianna Piazza
Pequeña Apóstol de la Caridad*

En cada época Dios enciende luces en la noche del hombre. Estas luces son sus amigos. En ellos no hay nada de extraordinario, al menos para los contemporáneos. Después, solo después, se descubre el rol profético. No porque hayan elaborado ideas- los destinos del hombre no están atados a las palabras – sino porque han sido instrumentos dóciles en las manos de Dios.

El Beato Luis Monza fue uno de estos amigos de Dios.

Su don fue el de enseñar que el hombre no es como un cristal vetado incapaz de ser regenerado. Aunque esté herido, dividido, siempre sediento de un amor que no sabe alcanzar, porque lo saca de fuentes contaminadas, siempre hay una esperanza. El amor no se ha apagado. El fuego de Pentecostés puede prender de nuevo la caridad de la comunidad primitiva, engendrar comunidades capaces de ser “un solo corazón y una sola alma” y así recoger a los hermanos dispersos. No es fácil contar la vida del P. Luis. Se debe entrar dentro de una personalidad compleja, por lo que se necesitaría tener la mirada del P. Luis, el corazón del P. Luis, la sensibilidad del P. Luis. Pero esto lo habría podido hacer solo el mismo P. Luis. Si todo esto falta, se debe proceder por hipótesis, se necesita investigar los documentos y más allá, los hechos. Resultará un retrato aproximado, desenfocado. Quien lo conoció podrá atestiguar que no era así. Y además estas personas no necesitarán una biografía. La cual en cambio es útil para quienes no lo conocieron, como introducción a sus escritos y a la comprensión de su obra.

Una vez hizo esta confidencia: *“Mientras viva, la Obra será como un libro cerrado. Después de mi muerte el libro se abrirá y la Obra se extenderá hasta los últimos confines de la tierra”*.

El perfil que vamos a presentar es una tentativa de abrir este libro para leer las etapas del florecimiento de una Obra que se inició con premisas tan modestas y que ahora se está difundiendo cada vez más lejos.

La semilla en el surco

Para poder ser un signo luminoso, el P. Luis Monza tuvo que esforzarse y buscar. Sus padres, José y Luisita, eran campesinos de Cislago (Varese) al Norte de Italia. Sus únicas riquezas eran el trabajo, la valentía y la fe. Cuando nació (22 de junio del 1898) los signos de dolor fueron los primeros en darle la bienvenida al abrirse a la vida. Dos hermanitos, Pedro y Antonio José, habían muerto antes de que él naciera a los 5 y a los 2 años respectivamente. El mismo Luis era tan delicado que fue prudente darle la confirmación cuando tenía un año y medio. En su pueblo frecuentó tres años la escuela primaria, pero enseguida tuvo que abandonar los estudios que en aquellos tiempos eran un lujo. Comenzó por lo tanto a trabajar cardando algodón, después fue zapatero y, en el tiempo que le quedaba libre, ayudaba a su padre en las labores del campo.

Mientras tanto empezó a florecer en él un llamado. Los mitos de la sociedad del bienestar no habían moldeado todavía las aspiraciones del mundo juvenil. La vocación sacerdotal era entendida como algo atrayente.

Más o menos a los 10 años sintió una ardiente desilusión cuando le propusieron el camino sacerdotal que, aunque realmente correspondía a sus aspiraciones, el pequeño Luis tuvo como un bloqueo interior y huyó, derritiéndose después en lagrimas, con la decepción de haber rehusado la invitación del Señor.

Pero era solamente un aplazamiento. En su familia, muy religiosa, la llamada de Dios para un hijo o una hija era considerada como signo de una bendición especial. En los primeros días de enero 1913 su hermana Cristina ingresaba en una congregación religiosa.

Poco después, un religioso salesiano hizo una propuesta vocacional al P. Luis. El trabajo ya lo había madurado. Podía tomar decisiones reflexionadas y libres. En el otoño de 1913, con dos compañeros, partió para ingresar al Colegio de don Bosco situado en Penando Monferrato cumpliendo allí los cursos superiores y desarrollando también el papel de educador de los chicos menores de edad.

Al año siguiente, mientras que en Europa estallaba la primera guerra mundial, una “inútil matanza”, el horizonte personal de Luis se hizo más triste. El papá se cayó de un árbol durante el trabajo del campo y se fracturó la columna vertebral. Para no dejar el peso de la familia solamente sobre los hombros de su madre, Luis decidió no retornar al Colegio. Pero siempre recordó esta permanencia en el Colegio con mucha nostalgia y, a lo largo de su vida, demostró la pasión por la educación juvenil.

El compromiso en la casa exigía de este adolescente la solidez de un adulto. Luis no ahorró esfuerzos en su trabajo, encontrando todavía el tiempo para seguir sus estudios, de noche, en la tibieza de un establo, ayudado por los Padres Carlos Bai y Lorenzo Cazzani, sacerdotes coadyutores de la parroquia de Cislago.

Al final del verano de 1916, el párroco, Padre Luis Vismara, asombrado por la fuerza de voluntad del muchacho, le propuso si le interesaba obtener un cupo gratuito en el Seminario. La respuesta debía ser rápida. Después de los 18 años se cerraban todos los caminos. Era un dilema trágico. Su hermana estaba lejos; su hermano Pedro estaba combatiendo en la guerra. El último hermano, Mario, era un niño de 7 años. Con la angustia en el corazón, se dirigió a los parientes. Ellos hicieron frente común. Lo acusaron de insensibilidad y de inconciencia. Pero su mamá, una mujer sencilla pero muy valiente, le dijo: “¡Hijo, no te fijes en nosotros: si el Señor te llama, vete, por el Señor!”.

Fortalecido con la valentía de la mamá, Luis recibió por parte del Párroco, de forma solemne, en presencia también del papá paralizado y llevado a la Iglesia con la ayuda de amigos, el traje de seminarista. Era el primer día de octubre 1916. Poco tiempo después, ingresaba en el Colegio Villoresi de Monza para realizar sus estudios.

Apenas empezaba el año escolar y pidieron a Luis que retornara a casa precipitadamente. El papá estaba muy grave. Luis escribirá luego a su hermana: “¡Imagínate con cuanto temor, con cuanto afán y con cuanto dolor estábamos cerca de la cama de nuestro papá!”. Era todo un suspirar, un llorar, un rezar y un ir y venir de amigos y parientes. Después de unos momentos, ya persuadido de que la muerte lo esperaba, levantó la mano temblorosa para apretar la de la mamá y murmuró: “me despido, ya me voy...”.

La muerte del papá (16 de enero 1917), unida a otros dos hechos como el servicio militar y la muerte de su hermano Pedro (4 de diciembre 1918) lo desarraigó definitivamente de su familia y de su pasado. Pudo así volver a empezar los estudios en el Colegio de Saronno (1919 – 1922) y de teología, primero en Gorla Menor (1922 – 1924) y después en el Seminario de Milán (1924 – 1925). La información sobre estos años de su vida es muy escasa.

Su formación resultó muy apresurada y fragmentada y no le permitió una profundización orgánica de la teología. Por otra parte, la misma reflexión teológica en los años veinte no partía de los problemas reales sino que proponía esquemas y tesis incapaces de conectar con la realidad.

Finalmente, al concluir el curso de teología, fue ordenado sacerdote el 19 de septiembre 1925. El P. Luis era sacerdote de la Iglesia de Milán para ser artífice de comunión entre los creyentes.

El oro y el fuego

El primer compromiso en su ministerio sacerdotal fue una verdadera revelación de su talla apostólica y misionera. Ante todo se hizo patente la calidad pastoral de este joven sacerdote. Asignado a la parroquia de Vedano Olona (Varese) ayudando al Padre Pedro De Magdalena, su influjo sobre la juventud fue increíble. Había incorporado unas actividades formativas como el deporte, el canto coral, la dramatización y, alrededor de estas actividades enriquecidas de contenidos espirituales, giraba la formación de los chicos. El P. Luis hizo también de la oración el alma de su apostolado. En torno a él se congregó un gran grupo de jóvenes entusiastas y a la vez culturalmente preparados y espiritualmente fortalecidos.

El comienzo del ministerio en Vedano coincidía con el periodo fascista iniciado en el 1925. La oposición era desmantelada. El partido fascista se volvía omnipresente y se infiltraba en todos los ámbitos de la vida, valiéndose de la astucia de Mussolini que jugaba el papel de moderador entre el extremismo de Farinacci y la línea de Federzoni. La persona estaba subordinada al Estado, hasta tal punto que el lema era: “Todo dentro del Estado; nada fuera del Estado; nada contra el Estado”. Todo quedaba contaminado: cultura, escuela, arte, deporte, moda. Donde no era así, se daban actos de violencia para convencer a las personas. En Vedano, este partido fascista era rehusado de parte de los jóvenes de la parroquia. Había acontecimientos, como un partido de fútbol entre los jóvenes fascistas y los jóvenes de la parroquia, que degeneraban en peleas. Los jóvenes

de la parroquia vencían en el deporte y después eran apaleados por otros jóvenes que llegaban de diferentes pueblitos. El párroco, para no favorecer una situación peligrosa, decidió suspender las actividades deportivas, sin aconsejarse con su colaborador. El P. Luis vio en este comportamiento como un sometimiento o, peor, una traición que afectaba a sus jóvenes. Dejó escapar palabras amargas en público y llegó al punto de quebrar el palo de la bandera de la sociedad deportiva. Pero se arrepintió enseguida y escribió al párroco una carta de excusas muy noble: *“Reverendo señor párroco, me doy lástima a mí mismo viéndome tan travieso y rebelde a cualquier disciplina. Y con mayor razón sufro al ver que otros sufren por mi causa. La soberbia me aconsejó mal empujándome a no aceptar una corrección que me parecía no merecer ya que no quería culpar a estos jóvenes, recargando sobre mí mismo toda responsabilidad. Así, queriendo demasiado a ellos, los odié.*



Me di cuenta desgraciadamente que mi gesto impresionó a los demás, aunque no quise ofender ya que solamente hablé movido por la amargura acumulada en esos días y causada por los acontecimientos ocurridos. Por eso siento que se me ha cerrado el camino para hacer algo bueno y no puedo mantener mi posición en Vedano, ya que sin mí el pueblo disfruta de mayor tranquilidad. No creo que esto pueda añadirle un nuevo dolor, y no dudo que las autoridades no tendrán dificultad para asignarme a otro lugar que no requiera trabajo con la juventud”. Era el 31 de mayo del 1927. El traslado no era difícil de obtener ya que en la diócesis había abundancia de sacerdotes jóvenes. El párroco comprendió la situación de su colaborador y lo tranquilizó.

Pero los acontecimientos hostigaban. Nadie investigó a los responsables de los actos de violencia, ni al que puso una granada bajo el pórtico de la casa parroquial. Las autoridades, débiles con los violentos y valientes con los débiles, intervinieron cuando alguien disparó a un jefe, en la noche entre el 28 y el 29 de junio. Todo estuvo bien pensado para no concluir que se trataba de una provocación hecha a propósito. A cuarenta personas se las llevaron presas. El párroco fue despedido del pueblo. El P. Luis intentó tranquilizar los ánimos de la gente pero, una tarde que bautizaba a un niño en la iglesia, se le acercaron los policías y, después de un interrogatorio, tuvo que abandonar Vedano. Fue encarcelado en Varese bajo la imputación de intento de homicidio. Permaneció en la cárcel 4 meses sometido a interrogatorios extenuantes (uno se prolongó hasta 11 horas). La convicción de su propia inocencia no era suficiente ya que, además de las hostilidades exteriores, tuvo que afrontar una de las pruebas místicas más duras: el aparente abandono por parte de Dios.

Hubo situaciones terribles de aislamiento y promiscuidad, que herían la sensibilidad de la persona; el decaimiento físico y la inactividad abrieron brechas a dudas e incertidumbres.

El P. Luis se sentía acongojado. La oración de los salmos se le presentó de repente monótona. Sentía todo el abandono del Padre como Cristo en la cruz mientras que los hombres, fuera de sus jóvenes que estaban lejos, se mostraban hostiles. Fue la prueba que lo modeló por dentro muy duramente: Dios lo preparaba lentamente para sus planes ya que necesitaba de una adhesión diferente. Si solamente la obediencia a Dios es creativa, era preciso que el hombre dejara su orgullo, su independencia, su voluntad para ser guiado por Dios solo. De tal manera, antes de que se abrieran las rejas de la cárcel, el P. Luis, libre “de corazón”, ya estaba listo para empezar su éxodo hacia Dios.

Las tres tiendas

Excarcelado, sin encontrar la mínima prueba en contra de él, en violación del derecho penal vigente, se le ordenó no regresar más a Vedano. Los días de la dictadura fascista parecían interferir los caminos de Dios. Las autoridades diocesanas decidieron trasladar el P. Luis a la parroquia de Santa Maria del Rosario en Milán. Llegó al final del año 1927 y se le encargó el seguimiento de los chicos. Allí permaneció solamente unos meses. Como su coetáneo Giovanni Battista Montini no sabía encontrar explicación al comportamiento de aquellos que siempre buscan algún motivo profundo para echar la culpa a quien ya está acosado. Además lo angustiaba el pensamiento de no saber dar nada a los jóvenes. Pidió entonces un traslado. Lo contentaron y lo enviaron al Santuario de “Nuestra Señora de los Milagros” en Saronno. Humanamente era un fracaso en su carrera.

Sin embargo, el periodo transcurrido en Saronno fue importante para el progreso interior del P. Luis. A la sombra del santuario, vivió un momento de espera. Fue su Tabor: la contemplación antes de la nueva y decisiva etapa de la acción. El P. Luis pudo discernir las experiencias de los años pasados. Tres hechos, en particular: la guerra, la cárcel y la formación de los muchachos. Las dos primeras le revelaban la cara de una sociedad construida sin Dios y que engendraba violencia contra el hombre.

En el contacto con los jóvenes, por el contrario, había percibido que las nuevas generaciones estaban dispuestas a construir una nueva civilización y una nueva sociedad. Todo era cuestión de “maestros”, de guías. Los maestros de su tiempo eran la violencia, la exaltación de la guerra, el totalitarismo, el machismo. Mucho habría cambiado si se hubiera vuelto al estilo de los primeros tiempos de la Iglesia. Así los maestros del hombre hubieran sido las primeras comunidades de los creyentes que formaban “un solo corazón y una sola alma”, con la única palabra elocuente de la caridad.

A diferencia del periodo de Vedano, la irradiación del P. Luis empezó poco a poco. El Santuario no era parroquia sino solo un lugar de devoción. Pero cuando la caridad quema “adentro” ya no hay nada que la pueda parar. El P. Luis empezó a agrupar niños y muchachos para el canto coral y los ensayos se volvieron momentos privilegiados para encontrarse y educarse: los chicos hacían tareas, jugaban, rezaban. Su casa era el lugar de los encuentros; su huerto era el campo de fútbol.

A diferencia de las experiencias precedentes, esta vez el P. Luis miraba lejos. Más allá del muro de su casa estaba el mundo. Un mundo en el que Dios estaba ausente y que, por lo tanto, la tarea de los cristianos debía consistir en preparar el camino para que

Dios llegase al mundo. Más o menos alrededor del año 1932, el P. Luis tuvo la intuición de encontrarse frente a una *“multitud de gente que se afanaba entorno a un trabajo. Él mismo, arremangado, se esforzaba en participar directamente del trabajo pero se sentía impedido por una fuerza misteriosa que le causaba una penosa impresión”*. Le pareció haber sido llamado para *“animar, asistir, guiar una Obra”* con límites no bien definidos y en la cual él no habría actuado directamente.

Era una idea que le quemaba por dentro y que tenía que realizarla pero que no lograba hacerla comprender a los demás. La Obra de Dios no consistía tanto en programas y objetivos concretos. Repetía: *“A Dios le bastan los santos”* La Obra, por lo tanto, debía ser un relanzamiento del único y absoluto valor de la caridad, una celebración de las bodas de Dios con la humanidad.

Se trataba de proponer la vivencia de la caridad; aquella caridad que saca a la persona de su soledad y le ofrece una familia. Así le surgió la idea de que la Obra, cualquiera que fuese el objetivo principal, debería testimoniar un amor que se convierte en *“familia”*. Había nacido *“Nuestra Familia”*. Esta *“familia”* debía permitir a sus miembros insertarse en los diferentes ámbitos de la sociedad para llevar un testimonio concreto de caridad.

En 1933, el P. Luis hizo una propuesta a unas cuantas señoritas que en el pasado no habían podido seguir el camino como religiosas. En aquellos años, el ingreso a una comunidad, se veía como separación del mundo y un querer preservarse de él. O sea, a un mundo que vivía lejos de Dios, se respondía alejándose del mundo. Muchas jóvenes no alcanzaban a entender y seguir este camino y se quedaban tristes, con una vida gris.

El P. Luis les propuso su idea. Pero esa idea era todavía demasiado novedosa: de hecho las personas interpeladas se alejaban o no perseveraban. En 1934 el P. Luis tuvo un encuentro providencial. Estaba en el confesonario cuando se le acercó una penitente. Ella llevaba consigo las angustias y las inquietudes de una persona siempre en búsqueda y siempre insatisfecha. Se llamaba Clara Cucchi y deseaba ingresar en una comunidad religiosa, pero era demasiado indecisa y frágil. El conocimiento de este sacerdote fue para ella una revelación, mientras que el P. Luis tuvo al mismo tiempo la percepción que la *“hora de Dios”* había sonado. En el verano del año siguiente le escribió: *“Esté lista para obedecer a los deseos de Dios”*.



La pequeña yema y el gran árbol

Para llevar a efecto la Obra de Dios, el P. Luis pensaba que necesitaría de un tiempo muy largo. Pero, una vez más, tuvo que cambiar sus programas. El Cardenal Schuster, en 1936, le encomendó la parroquia de S. Juan en Lecco. Había, en esta parroquia, la costumbre de que el párroco podía ser nombrado, por parte del Cardenal, a partir de una terna de nombres salida según la forma de participación popular. Pero la experiencia había demostrado que este sistema suscitaba oposición entre las personas en lugar de unirlos. El Cardenal, durante una visita a la parroquia, se atrevió a decir que, en el caso de que renunciaran a este derecho de proponer una terna, se enviaría un *“sacerdote según el corazón de Dios”*. Y fue precisamente el P. Luis el sacerdote escogido *“según el corazón de Dios”* para construir el puente de la caridad.

Foto

El P. Luis estaba en la edad de la madurez: tenía 38 años. Atrás tenía una fecunda experiencia con los jóvenes y un largo periodo de asimilación espiritual.

Para una parroquia de 2500 almas los lineamientos apostólicos de aquellos años ya estaban establecidos: catequesis, predicación, devoción eucarística, actividades caritativas y actividades recreativas. La supresión de cualquier actividad política, fuera de aquella establecida por el régimen, dejaba a la iglesia como único lugar libre para encontrarse. Muchos iban a la iglesia. Era importante que el párroco tuviese, de su parte, gran capacidad de acogida y que la iglesia fuera un lugar de fervor y de oración. Todas las personas que atestiguaron sobre este periodo de permanecía en Lecco concuerdan en resaltar el profundo sentido religioso de este párroco. Un comerciante comentó: *“He conocido muchos sacerdotes, pero solamente uno con alma verdaderamente sacerdotal y una sencillez cautivadora”*.

Estaba siempre muy concentrado, casi absorto. No era una persona impulsiva. Tenía un gran dominio de sí mismo, signo de una robusta mortificación interior. En la parroquia la vida tenía su eje en la Eucaristía. De noche, bien tarde, se prendía la luz de la iglesia. Era el P. Luis que, arrodillado delante de su Señor, rezaba por su gente. De día se lo encontraba a menudo a la derecha del altar, con la cabeza entre las manos, sumergido en un coloquio profundo. Comunión y adoración eran palabras que se repetían con frecuencia en su predicación porque estaba convencido de que el hombre se renueva desde el interior. El amor nace entre los hermanos solamente cuando el lado humano se disuelve al contacto con la Eucaristía. Hasta tal punto le daba importancia al culto eucarístico que quería, para la Liturgia, las vestiduras más decorosas y un tabernáculo precioso. En la iglesia era muy exigente. Cuando celebraba, había un gran silencio vibrante de plenitud.

La predicación era muy sencilla y giraba alrededor de palabras claves. Una predicación sobre *“el ideal”* se dividía en cuatro puntos: ver a Dios, conocerlo, amarlo, vivirlo. Todo se remitía a la vida, al hacer, al Paraíso, a la Eucaristía: *“Nosotros bien sabíamos, ya desde el comienzo, que, en cierto momento de la consideración pasaría a la amonestación, a la exhortación, al desahogo de su alma atormentada por la gloria de Dios, por el deseo de hacer el bien a las almas, de conducir a todos a la casa del Padre, al ¡hermoso Paraíso!”*.

Mientras que los predicadores del tiempo solían nombrar autores de la literatura, el P. Luis hacía referencia a los evangelios, las cartas de Pablo, Juan y los Hechos de los Apóstoles. Le resultaba muy bien un tipo de predicación “exhortativa”. Así, con ocasión de las primeras comuniones de los niños, de los bautismos, o de los sepelios, llegaba a ser vivaz, no tanto por los contenidos cuanto por el calor humano que trasmitía a través de su persona. A menudo se animaba. Entonces los ojos se iluminaban, la voz le salía plana; también gritaba. Un testigo escribe: “Puede ser que otras personas hayan visto llorar al Padre Luis cuando hablaba del amor de Dios... Yo no puedo borrar de mi mente aquel precioso y extraordinario momento. Hablando de la vida espiritual explotó en lagrimas irrefrenables cuando llegó a tocar el trato del Amor de Dios”.

Como respuesta se necesitaban gestos concretos: *“Cuánto egoísmo hay en el mundo – así conversaba con una persona amiga – ¡oh, si pudiéramos ser como los primeros cristianos! ¡Se necesita encontrar almas capaces de vivir el amor de los primeros tiempos del cristianismo!”*.



Una Iglesia en medio del mundo

El P. Luis había intuido hacía tiempo que su misión dentro de la Iglesia no debía limitarse únicamente a la experiencia parroquial. La caridad no tiene lugares delimitados. Ciertamente, el centro de todo hubiera podido ser la parroquia pero con la condición de que hubiese en ella un grupo de personas comprometidas en vivir más intensamente la caridad.

El primer testimonio debía ser el de los sacerdotes. Quería entonces que la vida en la casa parroquial fuera una prueba de que el amor entre los hermanos no es un sueño. Y

como vivía una situación bien difícil con algunos hermanos sacerdotes porque no lo comprendían e interpretaban mal sus acciones, se comprometió por su parte con un esfuerzo, a menudo agotador, a comprender, acercar, perdonar: la caridad no es, en efecto, espontaneidad sino don y sufrimiento. Pero no solamente los sacerdotes, también los laicos debían ser llamados a vivir la caridad como los primeros cristianos. Un testigo habló sobre un párrafo de un discurso muy importante del P. Luis. “Sabía que necesitaba sustraer tiempo y energías a la parroquia – decía el testigo- para atender a una Obra que acababa de nacer tímidamente...Él no podía resistirse a la llamada del Señor y entonces pidió que lo dejaran hacer, mejor, que lo animaran en este incipiente trabajo: así su parroquia sería el centro propulsor de una acción de caridad más grande. Las palabras le salían con dificultad. Por fin el P. Luis exclamó: *'Yo les aseguro que esta noche, nuestra parroquia está en el centro del mundo, en el corazón del mundo porque aquí, entre nosotros, está naciendo para el mundo una Obra de amor, de caridad cristiana'*”. Cuando pronunció estas palabras, el P. Luis ya había encontrado el camino que Dios le marcaba. Anteriormente, siguiendo las inspiraciones de Clara Cucchi, había pensado en un Centro de espiritualidad, una especie de oasis, de lugar distinto donde revitalizar los grupos cristianos. Ahora el P. Luis descubrió providencialmente las huellas de Dios en su camino.

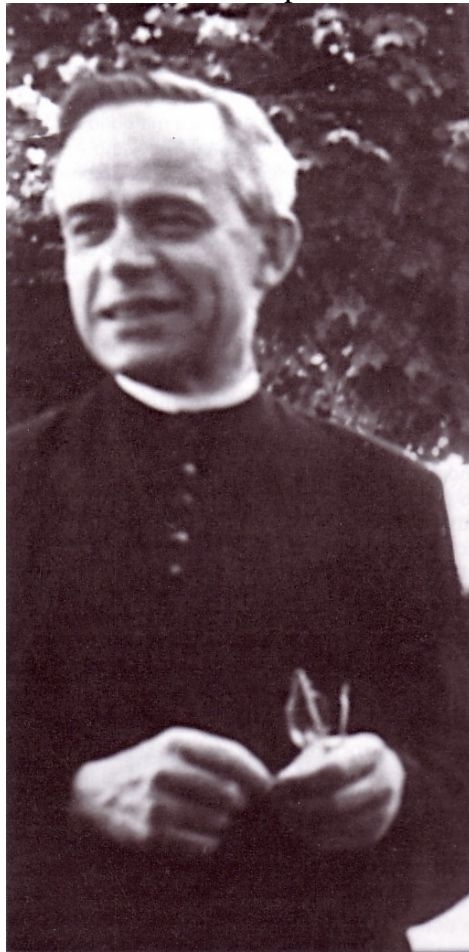
Fue durante un viaje. Casualmente encontró a otro sacerdote, Padre Ambrosio Trezzi, que le habló de un bonito lugar donde podría empezar la construcción de la Obra. Pero este lugar estaba en Vedano, el pueblito en el cual el P. Luis tenía la prohibición de entrar. Se prepararon papeles para levantar esta prohibición y se hicieron trámites para un préstamo. Después de un tiempo, necesario para recoger el dinero suficiente, se puso la primera piedra de la casa de Vedano.

El primer proyecto de la Obra era hospedar personas para unos días de Ejercicios Espirituales. En aquel tiempo era tan grande la afluencia de personas con este propósito, que las diferentes Asociaciones encontraban dificultad para tener lugares disponibles para este tipo de encuentros. El P. Luis pensó en que las primeras hermanas debían prepararse para ser capaces de animar Ejercicios Espirituales. Se alternaron diferentes grupos de chicas, unos más numerosos otros menos, pero, cuando ya el camino estaba trazado, empezó la segunda guerra mundial. Así la casa de Vedano se convirtió en refugio de personas perseguidas entre las cuales se escondían judíos y personas contrarias al régimen fascista.

El P. Luis mientras tanto no disminuía su compromiso pastoral en la parroquia de Lecco. En 1942 organizó una “misión” y durante estos días animaba a las personas, sobre todo los familiares de los jóvenes que estaban en la guerra, ayudaba y participaba muy de cerca en las angustias de sus parroquianos. Los viajes de Lecco, donde estaba la parroquia, a Vedano, donde estaba la Obra, se volvían menos frecuentes, pero cada vez el P. Luis llevaba algo. Vedano era la “ciudad en la cumbre del monte”, el pulmón espiritual y la semilla de la Obra de Dios. Nos cuenta un testigo que el P. Luis había pensado también en un grupo masculino. Así escribe el testigo: “Un día me presenté al P. Luis para conversarle que me iba a casar y él, después de un rato de silencio, me contestó: *“Estoy feliz pero lo siento porque había pensado en ti para agrupar jóvenes laicos dedicados al apostolado. Ya que me faltan los varones, pensaré en las mujeres”*”.

El mismo año 1942 se hizo otra tentativa: al lado de las hermanas que vivían en comunidad, nació un grupo de chicas que querían seguir el mismo ideal sin dejar su lugar familiar. La idea era muy bonita. Dentro de una sociedad que, a través de la guerra revelaba las brutales consecuencias de la lejanía de Dios, el único signo de esperanza estaba constituido por parte de pequeños núcleos de personas dispuestas a vivir el

heroísmo de la caridad dentro de la vida y de los acontecimientos normales y ordinarios. Pero esta experiencia no tuvo éxito por el momento.



Más allá de las viejas fronteras

La paz que todo el mundo ansiaba fue una desilusión para todos. Los hombres volvían de la guerra – los que volvían – pero no habían vuelto mejores. Los temas de reflexión y de oración de la Iglesia eran los referentes al “gran regreso y el gran perdón”, al “mundo mejor”, a la “Virgen peregrina”. Las tensiones sociales crecían en intensidad. No solamente las casas se tenían que reconstruir, sino el tejido de las relaciones disgregado por el odio. La caridad, así como la pensaba el P. Luis, podría hacer madurar la sociedad si se traducía, al mismo tiempo, en un compromiso moral, social y político. El párroco tuvo también fuertes decepciones hasta tal punto que una vez, durante una homilía, gritó así: *“Me arrepiento de haberme hecho sacerdote; lamento ser el párroco de San Juan”*. Pero enseguida cambió, por cuanto la amargura personal no podía anular el compromiso profético y de animación de la sociedad ya que era voluntad de Dios. Y así concluyó: *“¡No! Si el Señor me hiciera nacer otra vez, querría ser todavía el párroco de esta Iglesia”*.

Si en la parroquia se comprometió a la reanudación de la actividad con los chicos, a preparar su gente para un compromiso concreto dentro de la sociedad, en la Obra de Vedano se abrían horizontes inexplorados. Después de varias tentativas, las primeras hermanas descubrieron su campo de acción. Existía el problema, muy grave, de los discapacitados psíquicos. La sociedad no se interesaba por ellos y estos niños vivían marginados y desamparados. Fue el director de un gran hospital de Milán el que sugirió

este trabajo precursor. Era un paso que alejaba la comunidad naciente de las aspiraciones de Clara. El pequeño núcleo de hermanas respondió con entusiasmo y se comprometió en este sector en el cual era más sensible la necesidad humana. La caridad de los primeros cristianos una vez más se volvía profética, anuncio de salvación para los últimos, compromiso dentro de las realidades del mundo.

El P. Luis vio crecer la Obra de Dios de manera impresionante. Desde lo más hondo brotaba tal vitalidad como si se hubiese taladrado el terreno para descubrir manantiales subterráneos. El P. Luis siempre dijo que “sí”; tuvo la docilidad de hacerse conducir y ahora constataba que, a pesar de los hombres y de su misma humildad, el signo de Dios estaba por encima de la Obra.

Surgieron otras casas (en Ponte Lambro y en Varazze) y después otras más en diferentes regiones. Pero la historia del P. Luis es mucho más que la creación de todas estas casas; es el desenvolvimiento de la Obra de Dios.

El punto firme que ya quedaba claro en su alma era que la Obra no debía tener una finalidad apostólica precisa y definida. El fin era la caridad vivida como los primeros cristianos, premisa y levadura de una nueva sociedad. El estilo en que estaban enmarcadas las congregaciones religiosas no le convencía. Necesitaba un instrumento maleable y moderno. Alrededor de sí sentía hostilidad; también el ambiente eclesial de Milán parecía irritado por las iniciativas de este sacerdote humilde. El mismo Cardenal les dijo a las hermanas que presentaron un borrador de las Reglas de la comunidad: “¡Hasta ahora tienen una sola casa y han trazado una Regla como que si tuvieran cien! La Regla sigue el desarrollo de la vida, no la antecede. ¡Sean discretas!”.

Ya cuando parecía todo bloqueado, de repente vino la promulgación de un documento por parte del Santo Padre Pio XII. Se trataba de la Constitución Apostólica “La Iglesia, madre Providente” (2 de febrero del 1947) en la que se reconocían los Institutos Seculares. Fue una fecha importantísima porque se abría una nueva fase en la vida consagrada de la Iglesia, o mejor dicho, se presentaba el ideal de la Iglesia de los primeros tiempos. En los primeros siglos del cristianismo, aquellos que se sentían llamados al don del celibato, no se alejaban de sus hogares y ciudades, aunque fueran ciudades paganas.

Su vivir en el mundo, en Roma, en Antioquía, en Alejandría de Egipto, sin pertenecer al mundo, provenía de la elección del celibato para que fuesen, dentro de la misma sociedad pagana, signos visibles de los nuevos cielos. El celibato así vivido dejaba el alma sumamente libre, y por lo tanto lista para el servicio total a los hermanos. Todo esto ya lo había intuido hacía tiempo el P. Luis, sin ser comprendido por otras personas. Sus hermanos sacerdotes, meneaban la cabeza o se reían de él. Pensaban que era una persona decepcionada o un presuntuoso que quería darse aires de Fundador.

No obstante, las vocaciones crecían. A pesar de la hostilidad o la divertida curiosidad de los ciudadanos de Lecco o Vedano, la comunidad crecía.

El nombre escogido fue el de **“Pequeñas Apóstoles de la Caridad”**. Eliminados todos los obstáculos jurídicos, el Instituto tuvo la aprobación de la sede diocesana y después de Roma; también había grupos de hermanas que permanecían viviendo en su propia familia. Los puntos clave del Instituto son dos, como si fueran dos círculos concéntricos: al interior la caridad y, al exterior, el mundo.



El círculo exterior es el espacio donde vive el Instituto: **el mundo**, el ambiente en el cual el hombre juega su drama y en el cual sufre su soledad. Este mundo es hostil, margina, está contaminado del mal. Y no obstante, esta es la realidad en la que el cristiano debe vivir. Según el P. Luis, la huída del mundo no corresponde ya a las necesidades del hombre ni a las llamadas de Dios. Es preciso actuar como el Buen Pastor. En los tiempos antiguos esta imagen no evocaba tanto la parábola de la oveja perdida cuanto el misterio de la Encarnación: Cristo que carga sobre sus hombros la naturaleza humana que, en la Encarnación, está totalmente a salvo.

Alrededor de 1930, cuando el P. Luis en el silencio de su oración en Saronno y después en Lecco se abría a la voz de su Señor, la mentalidad común era la de rechazar completamente el “mundo” contaminado por el pecado. El P. Luis, como un Roncalli, un Montini, un Mazzolari, entendía muy bien que la Iglesia debía ponerse en actitud de dialogo. Los cristianos de los tiempos nuevos no debían ser religiosos lanzados al mundo sino personas que compartían el destino de todos, pero con una espiritualidad dirigida no solamente a la perfección individual sino al progreso social en general, comprometiéndose en contra de la injusticia, los atrasos, la explotación y la marginación.

El círculo interno es el alma del Instituto: **la caridad**. Mientras se pensaba en una sociedad autoritaria, que solo mandaba desde arriba, el P. Luis prefería que la animación, las iniciativas surgiesen desde abajo. Escribía al respecto: “*Así como no se puede concebir un cristianismo sin amor, así tampoco es concebible un cristiano sin la difusión de su caridad que debe abarcar a todo el mundo. No digan por lo tanto: ‘yo quiero salvarme’, mejor digan: ‘yo quiero salvar el mundo’. Este es el único horizonte digno de un cristiano porque es el horizonte de la caridad*”.

Cada vez que la vida divide, que la sociedad ahoga con su invasora burocracia, es urgente sembrar en esta sociedad modelos de comunión, que generen comunión según el plan de Dios que salva uniendo y une divinizando.



¡Verás, verás...!

Los que han conocido al P. Luis lo describen como un hombre pequeño, bajo de estatura, con los ojos y el pelo oscuros, cauto en los gestos pero ni afectado, ni altivo. Hablaba poco. Sus observaciones eran moderadas, precisas. Con los más íntimos era de una sencillez asombrosa. Cuando se sentía comprendido, se volvía perspicaz. El sentido del humor era una vibración de la humildad, un mirar a las cosas y a las personas con desprendimiento y comprensión, todas puestas bajo la luz de Dios. Muchos notaron que nunca perdía el tiempo. Tal vez intuyó que el tiempo de su vida era corto y lo quería gastar sin retener para sí mismo ni siquiera una migaja. Sin embargo, cuando encontraba a alguien, prestaba toda la atención posible hasta tal punto que, después de su partida, sus parroquianos decían: “¡A nadie quiso más que a mí!”. Y eran muchos los que se consideraban objeto de su predilección.

Acompañaba a las Pequeñas Apóstoles desde el punto de vista espiritual. Las elecciones materiales eran menos importantes. Interpretaba el rol de Fundador no mandando en todo, sino dejando que las Pequeñas Apóstoles decidieran en los problemas ordinarios. Eso dio a la Comunidad la posibilidad de desarrollar una auténtica capacidad de iniciativa, de verdadera libertad cristiana y una autonomía típica de un Instituto Secular. Tenía conciencia de haber desempeñado su papel y de haber entregado a la Comunidad las coordenadas de salida y de llegada: una línea recta ascendente hacia Dios. El resto seguiría después.

Comprendió, en este tiempo, que podía retirarse. *“La Obra puede avanzar sin mí”*. Y a quien pensaba con temor en el futuro, repetía: *“El Señor la quiso; el Señor la llevará adelante”*. Y escribía: *“Mis hijitas no necesitan de mí; ya pueden caminar solitas”*.

El 26 de Agosto del 1954 tuvo un infarto. Empezaron días de ansiedad. Una mañana, la Responsable General, Zaira Spreafico, le preguntó:

- “Padre Luis ¿qué le está diciendo al Señor?”.
- “Que soy feliz de hacer su voluntad”.
- “Pero ¿no le pide que le sane?”.
- “No, ¡no se puede y no quiero!”.
- “Padre Luis, ¿no piensa en su Obra?”.
- “¡Dios pensará!”.
- “Padre Luis, esto no es caridad. Pida la curación para permanecer aún con nosotras”.
- “Entonces lo haré como acto de obediencia, pero diré así: ¡la Responsable quiere que pida que me sane!”.

Tras un tiempo de esperanza, el P. Luis advirtió que el hilo de la vida se debilitaba. Después de un colapso se dio cuenta de la ansiedad pintada en las caras y en los ojos de las personas a su lado. Con un hilo de voz dijo a la Responsable: “**Verás, verás, verás...**”.

La noticia de que las condiciones físicas se habían empeorado llevó a mucha gente a la casa parroquial. Las visitas le fatigaban. El P. Luis, hombre de la palabra, tuvo que sacrificar su palabra. De repente recordó a su empleada. Con los gestos se aseguró de que la habrían tomado en consideración para el futuro y cuando se dio cuenta de que lo habían comprendido hubo una expresión de profunda satisfacción. Pensando que podía ser una falta de caridad, quiso que todo el mundo ingresara a su habitación para que todos recibieran su bendición paterna.

Falleció el 29 de septiembre de 1954. Tenía 56 años, 3 meses y siete días.

De la Obra “**Nuestra Familia**”, en sus últimos días no habló. No era su Obra. Era la “**¡Obra de Dios!**”.



ORANDO CON PADRE LUIS

Delante del Tabernáculo

Delante del Tabernáculo
una lámpara arde día y noche.
Aprendamos de ella y preguntémosle:
“¿Qué haces siempre cerca del sacramento?”
“Yo derramo luz y
disipo las tinieblas de la noche.
Y tú en las oscuras tinieblas de la vida
acércate al altar eucarístico,
enciende tu fe e ilumina tu conciencia.”
La lámpara aun nos dice:
“Yo doy calor dulce y suave.
Es algo pequeño pero es todo lo que tengo.
Entrega tú también al Señor el cariño de tu corazón.
No es gran cosa pero al Señor le gusta mucho.
Lo importante es que tu amor no disminuya y
que no lo desperdicies.”
Por fin la lámpara dice:
“Mira, yo ardo y ardiendo me consumo;
también tú consúmeme de amor a tu Dios,
de deseo de unirme a Él y de estar feliz con Él en el cielo.”

Oración al Beato Padre Luis Monza

Beato Padre Luis,
tú has sido un pastor bueno,
que pasabas las noches en oración
y, de día, buscabas sin descanso
las ovejas perdidas del rebaño del Señor.

Tú nos has dado la imagen viva y fecunda
del misterio del grano que muere
y produce abundante fruto.

Intercede por nosotros
para que también el Padre nos dé el Espíritu
de oración y de caridad,
de manera que,
en medio de nosotros surjan nuevos santos y santas y
para que nuestras familias conserven su amor y
nuestras comunidades tengan la alegría
de ser un solo corazón y una sola alma.

(En silencio pedir el favor que se desea alcanzar)

Las pequeñas cosas

Padre generoso y fiel,
tu siervo, el Beato
Padre Luis Monza
se hizo todo para todos,
fue hombre hecho plegaria,
y plegaria hecha amor.
Suscita en nosotros
pensamientos grandes,
generosidad sin límite
para que hoy
en nuestro medio
sepamos vivir la santidad
de las cosas pequeñas
Por Cristo nuestro Señor.
Amen

Señor Jesús

Te damos gracias porque
a través de la vida y las obras
del Beato Luis Monza,
el mundo puede experimentar
la caridad de los primeros cristianos.

Haz que con el ejemplo
de su vida, también nosotros
sepamos ser en el mundo
Apóstoles del amor.

Por su intercesión
concédenos la gracia
que necesitamos...

Escucha, oh Dios,

nuestra oración
en las noches de la fe.
Sabemos que cuando te escondes
es para ser buscado.
Y cuando quieres que te busquen
es para ser encontrado.
Y cuando nos permites encontrarte
es para ser nuevamente buscado
en un infinito juego de amor.
Ayúdanos en el camino de la fe
como hiciste con el Padre Luis Monza.
A pesar de nuestras miserias
haz que brille delante de los hombres
nuestro testimonio y se edifique tu Reino
para gloria de tu nombre.

Pequeñas Apóstoles de la Caridad

El Instituto de las Pequeñas Apóstoles de la Caridad (Nuestra Familia) nació en 1937 de la intuición profética del Beato Padre Luis Monza, porque, en un mundo paganizado, quería rescatar el espíritu de los apóstoles y la caridad de los primeros cristianos.

Las Pequeñas Apóstoles, por una mayor exigencia de amor, suscitada en ellas por el Espíritu Santo que las impulsa a radicalizar su consagración bautismal, se comprometen a profesar en el mundo los consejos evangélicos con los votos de castidad, pobreza y obediencia.

El Horizonte apostólico

Es el mundo entero, hasta los últimos confines de la tierra, logrando el desasimiento total para poder repetir el dicho de San Pablo “No soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí”.

El compromiso

Es cada “obra” que la providencia nos señala, conservando siempre la serenidad y la sonrisa de quien posee la felicidad en Dios.

El fin de la vida entregada

Es la caridad, practicada hasta el heroísmo, para poder decir en el privilegio de la persecución: “Tú serás mi hermano en Cristo”.

El estilo de vida

Es el del “grano de trigo que muere para dar fruto”.

El testimonio

Es el de una comunidad en la cual los miembros se aman entre sí como parte del cuerpo místico de Cristo.

¿Qué hacemos?

"Cualquier obra que la Providencia nos manda, pues no es la obra la que nos distingue, sino que son el Espíritu y el modo de realizarla, los que distinguen nuestra obra de las demás". (Beato Luis Monza).

Animadas por este ideal, las Pequeñas Apóstoles de la Caridad desarrollan su profesión y su servicio apostólico:

en el mundo obrero, en la escuela, en los hospitales, en el sindicato, en las oficinas, en la política. Realizan un servicio específico a la vida, a su cuidado y defensa, mediante la Obra denominada "Nuestra Familia", en actividades de:

- rehabilitación de las personas con discapacidad en varias regiones de Italia y en los Países en desarrollo (por el momento en Sudán, Brasil y Ecuador);
- búsqueda y estudio continuo de la problemática médica y psico-educativa de los diferentes trastornos en el Instituto Científico "E. Medea" de Bosisio Parini (Lecco);
- acogida de niños y adolescentes, con graves dificultades familiares, en pequeñas comunidades o en núcleos de tipo familiar, a la espera de poderlos confiar o adoptar.

Prestan especial cuidado y atención:

a los jóvenes:

- promueven y desarrollan su formación profesional en las Escuelas para Trabajadoras Sociales, Terapeutas de la Rehabilitación, Educadores y Profesores especializados;
- realizan experiencias de voluntariado en los Centros de "Nuestra Familia", en comunidades de servicio con proyectos formativos que permitan adquirir un estilo de voluntariado en la vida cotidiana, en las decisiones profesionales, en la apertura a la solidaridad en los Países en desarrollo;
- promueven caminos de formación humana y cristiana, de oración y de vida fraterna en varios grupos de espiritualidad juvenil;
- realizan caminos de educación en la fe y de catequesis en las parroquias;

a las familias:

- colaboran en la acción pastoral de la Iglesia en este ámbito y en particular ayudan y sostienen las familias que se encuentran en situaciones difíciles, promoviendo su desarrollo mediante formas asociativas;
- animan y promueven la formación de jóvenes familias, llamadas a compartir el ideal de la "caridad práctica de los primeros cristianos" respondiendo a las necesidades urgentes de acogida, educación y servicio a la vida.

Participan en organismos y asociaciones parroquiales y diocesanas, colaborando en actividades pastorales de catequesis, liturgia, caridad.

Mediante el Organismo de Voluntariado para la Cooperación Internacional (OVCI- La Nostra Famiglia) realizan iniciativas que favorecen el desarrollo de la promoción humana, social, técnica y sanitaria de las poblaciones de Países en desarrollo y colaboran en la misión evangelizadora de la Iglesia.

"En todas partes hay un deber que realizar... porque toda la tierra es vuestro lugar"

(Beato Luis Monza)



**En ITALIA, AFRICA, ECUADOR y BRASIL se encuentran
Comunidades que realizan un servicio específico en
favor de la vida y de su cuidado.**

En Esmeraldas la comunidad vive en el Barrio San Rafael
Calle Padre Luis Monza Telf.: 2701-151.
Están abiertas las puertas para las jóvenes que deseen hacer
una experiencia de convivencia

*“Si los milagros no fueran suficientes
para convertir al mundo pagano,
conviene encontrar un medio más
apto. Y este medio más apto, mejor,
más eficaz, creo que es la santidad
de nuestra vida”.*

(Beato Luis Monza)